

Antoni Puigverd

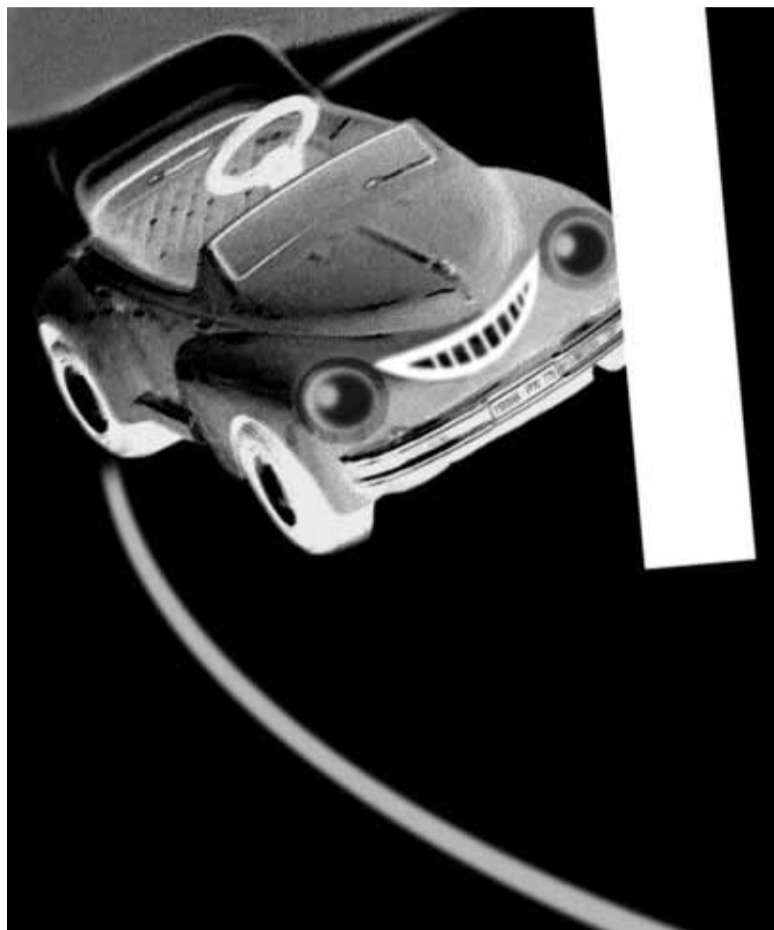
¿Escuela pública o isla fantasía?

Nuestra educación está por los suelos, pero nuestra sanidad obtiene el aplauso europeo. ¿Por qué nuestras escuelas están a los antípodas de nuestros hospitales? Planteo la pregunta con doble intención. Para resaltar, en primer lugar, que en Catalunya no sólo luce el desastre. Si bien es cierto que parecemos gafes (el otro viernes bajó el telón de nuestro principal teatro, en plena escena, por falta de fluido eléctrico), no es menos cierto que tenemos mucho de que enorgullecernos: del excelente nivel de nuestra sanidad pública, por ejemplo. Pregunten los escépticos a los jubilados ingleses o alemanes por qué la prefieren a la de sus avanzados países. Los políticos que en los últimos 25 años han potenciado nuestra exitosa –aunque siempre perfeccionable– sanidad pública forman parte de los mismos partidos que fracasan en la gestión educativa. ¿Por qué, entonces, repito, nuestras escuelas están tan lejos de nuestros hospitales?

¿Será, como dicen algunos tópicos izquierdosos, por culpa del dinero que supuestamente se llevan las escuelas concertadas? Imposible: la ratio de dinero público invertido en cada alumno de la concertada es muy inferior a la del alumno de una escuela pública. Y es inimaginable el gasto que exigiría construir una red escolar pública que pudiera permitirse el lujo de prescindir de los centros privados (unos centros, en especial los religiosos, que en los pasados siglos realizaron una gran labor de suplencia del Estado, digna de un mayor reconocimiento).

La coexistencia de una red pública y otra privada es característica no sólo de nuestro sistema educativo, también del sanitario. La diferencia está en el prestigio de lo público en uno y otro ámbito. En efecto: en la escuela pública restan, en general, y salvando todas las excepciones, los que no pueden permitirse una privada; mientras que, cuando uno tiene que operarse de algo gordo, escoge por lo general un hospital público, aunque esté cotizando en una mutua sanitaria. No me tomen al pie de la

letra tal afirmación. Sé muy bien que el principal déficit de la sanidad pública son sus largas listas de espera. No son pocos los que tienen que rascarse el bolsillo para ser operados en una clínica privada. Pero esto no altera el principal factor que quisiera subrayar. Mientras la escuela pública tiene el prestigio muy dañado y las clases medias se están fugando de sus aulas, la sanidad pública está tan bien considerada que no



RAUL

puede dar respuesta a todos.

¿Por qué ha perdido la escuela pública catalana el enorme prestigio social que tuvo en los años de la transición y hasta los noventa? Por el platonismo ideológico de las izquierdas. A pesar incluso de no gobernar en Catalunya, tuvieron las izquierdas, en este terreno, tal hegemonía que consiguieron convertir la escuela en un laboratorio social. Un laboratorio en el que hacer todo tipo de experimentos de igualdad al margen de los valores y prácticas vigentes en el resto de la sociedad. El valor de la igualdad es ideológico. Uno puede impulsar políticas tendentes a conquistar cuotas de igualdad, pero no puede pretender que en una institu-

ción cardinal como la escuela se realice el ideal de la igualdad de manera absoluta. La escuela no es una isla para la fantasía ideológica. Mientras la sociedad caminaba con alegría hacia el individualismo, la escuela pública profundizaba en el igualitarismo utópico. Un igualitarismo por decreto. La última reforma educativa entronizó en toda España el modelo catalán de escuela: las aulas deben integrar a los que quieren estudiar y a los que no quieren, a los discapacitados y los más capacitados, a los inmigrantes y a los autóctonos. ¿Igualación? Naturalmente: por abajo, por el rasero del menos capaz.

Muchas son las causas del fracaso de nuestra educación. Algunas afectan por igual a la escuela pública y a la privada. Esos padres, por ejemplo, que envían a sus hijos, alejándolos de la cultura del esfuerzo, imprescindible condición del aprendizaje. Pero muchas otras atacan estrictamente a la escuela pública. Por ejemplo: la desaparición fáctica de la autoridad del profesor y del director, en nombre de un lento y burocrático democratismo (el llamado *consell escolar*). Pero la más importante de ellas es la conversión de la escuela en la isla de la fantasía igualitaria, cuyo resultado más espectacular consiste, precisamente, en la negación de la igualdad real. Los padres que desean lo mejor para sus hijos no se fían de esta educación que iguala por abajo, que anula la autoridad los profesores y que prohíbe, de

hecho, a los alumnos de baja extracción social escalar peldaños por mérito propio. Fui profesor en un instituto de barrio. Mi mayor orgullo de aquellos años son aquellos alumnos hijos de trabajadores manuales que llegaron a profesores de universidad. Aquel instituto es hoy un gueto en el que los hijos de los autóctonos más humildes coexisten con jóvenes recién llegados de todo el mundo. En estas aulas es imposible mantener el mínimo nivel académico. A duras penas, consiguen los profesores mantener el orden. Esta es la hazaña del sueño de la igualdad: los alumnos talentosos y esforzados de origen humilde ya nunca pondrán el pie en una universidad.●

Baltasar Porcel



Un cine casi extraordinario

Fue Fernando Fernán-Gómez ese genial actor que a su muerte todos consideran algo así como un Cary Grant... En todo caso, lo sería a la española, menos simpático y más arisco, demasiado desgarbado y pobretón. Aunque interpretó algunos grandes papeles, en medio de los frecuentemente alpargateros. No obstante, esto le importaba poco, no recordaba cuántas películas había hecho o dirigido, ni siquiera el argumento de muchas, y menos su calidad. “He trabajado en lo que me han ofrecido y listo”, solía decir, yendo adustamente a la suya. Hasta que pareció que lo que más le interesaba era escribir artículos en *ABC* y novelas. Y lo hizo bien, como todo cuanto emprendía, succionándose con funcionalismo el talento. En todo caso, fue entrañable, gruñón y emblemático, su ventaja y su inconveniente fueron el cine español, ¿o España?

Durante un tiempo lo traté, años de garbeo mío cinematográfico, desbordadas madrugadas digamos artísticas y de impulso étlico. Fernando, cual otro magnífico José Isbert, en menos edad. La apasionada y generosa Marisa Paredes. Alfredo Matas en su ingenio empre-

Seguro que una exigente antología del cine español daría un sabroso resultado

sarial, el señorío escénico de Amparo Soler Leal. Y el gozoso genio e ingenio de Luis Berlanga, junto a la gran clase irónica de Fernando Rey... Este ni siquiera se aprendía los papeles, era formidable, lo resolvía todo modulando el gesto, la pose, recuérdese *French Connection*.

Precisamente acaba de dedicarse un homenaje a Berlanga reponiendo *Bienvenido Mister Marshall*, también emblemático filme, agrídulce costumbrismo trufado de crítica ideológica. Aunque me guste más *Plácido*, el hondo poema de la doliente supervivencia provincial, o el sarcástico trompeteo de *La escopeta nacional*. El cine español ha tenido tres directores de primera: Buñuel, acaso no tan gigante como se dice, pero singular en la historia general del medio debido al surrealismo; Almodóvar, primero muy rompedor y después muy sapiente, y Berlanga, extraordinario en su capacidad de mover con amplitud la cámara, en sus personajes tan visceralmente ciertos como de arquetípica nacionalidad, el emotivo y afilado Berlanga, a la altura del mejor neorealismo italiano.

Pese a que aquí haya faltado una capacidad de trascendencia, poética a lo Fellini, existencial a lo Visconti o populachera a lo Totó, para citar extremos. Pero, en fin, López Vázquez con sus varios registros sobrepasa a Sordi, para quedarnos en dos cómicos de oficio. Y ahora un Javier Bardem ya casi cuenta en un Hollywood... Sin que aparente verosimilitud esa reciente idea barcelonesa de presentar a Portabella cual un Antonioni. Y todo ello a pesar de que TVE haya apabullado al público con la innumerable bazofia de su *Cine de barrio*. Porque seguro que una exigente antología del cine español daría un sabroso resultado, valdría más que la televisión pública repitiera sin cesar *Los santos inocentes*, *El bosque del lobo*, *Belle époque*, *La camarera del Titanic*... ¿No lo hacen con la política?●

Josep Miró i Ardèvol

Por unas elecciones directas

Una ola de decepción arrasa las conciencias de los ciudadanos por la incapacidad de los partidos y las instituciones políticas para escucharlos y aportar respuestas. Su origen se encuentra en la ley electoral, que establece listas electorales cerradas y bloqueadas, que obliga a votar etiquetas en lugar de méritos, impidiendo la relación directa y el compromiso de los elegidos con sus electores. Así los diputados son impelidos a obedecer ciegamente lo que dicta la dirección de cada partido. La opinión de los electores no cuenta para lo más importante: el día a día de la política. Sin resolver esta cuestión, otorgando al ciudadano el poder de elegir a su diputado, la frustración y el desengaño político nos dominan, porque la democracia queda corrompida por la partitocracia, el poder hiperbólico de los partidos.

Catalunya posee una normativa electoral de carácter provisional acordada en 1980. Desde entonces los partidos han hablado mucho pero no han modificado nada. La democracia española está aquejada del mismo problema. También ahí hay que actuar, pero como decía Coll i Alentorn citando a Bismarck, las alcachofas se comen hoja a hoja. Que Catalunya sea ejemplo de regeneración política cambiando su sistema electoral. La ley actual promueve la abstención, facilita el poder de minorías y lobbies, en detrimento del bien común y de las necesidades reales de las personas. El partido se ha convertido en un fin en sí mismo, cuando sólo es un medio para encauzar el pluralismo. No puede suplir la voluntad del pueblo, pero con el actual sistema, el voto es un cheque en blanco por cuatro años. Esto es una perversión que sólo corrige la relación

directa entre electores y elegidos. Las listas cerradas tuvieron sentido al inicio de la democracia para fortalecer a unos partidos débiles, pero con el tiempo la bondad degeneró en un gigantismo partidista.

Por eso hemos de exigir la modificación de la ley electoral, para conseguir la elección directa de diputados y concejales, en el marco de la proporcionalidad que la Constitución dispone. Es necesario, además, establecer obligaciones concretas del diputado hacia sus electores. Para lograr estos propósitos ha surgido una iniciativa plural, independiente y cívica, encabezada por cincuenta personalidades, a la que puede adherirse todo ciudadano interesado. El punto de encuentro está en internet: www.accioperlademocracia.org. Juntos podemos.●

josepmiro@e-cristians.net